

LIBROS

Muere el Premio Barral

Hay quien ha visto gitanos felices, y yo he visto jurados cansados. Ahí están posando en una foto, probablemente antológica, Félix de Azúa, con su eterno aspecto de Dorian Gray soñoliento; José María Castellet, entre las ruinas de sus fidelidades; Carlos Barral, capitán ballenero transitoriamente aquejado de escorbuto; García Hortelano, fiel a sus ya maduras nuevas amistades; Jaime Salinas, con el atuendo de un fugitivo de safari; Salvador Clotas, uno de los pocos españoles que se hablan por teléfono con Giscard d'Estaing; Jesús Aguirre, con pálido semblante de agente posmonárquico, y Juan Benet, que llega tarde para el primer «flash» y se coloca en una indiscreta segunda fila para el segundo. Barral acaba de leer el fallo del Premio Barral de Novela 1974:

Cuatro votos en blanco.

José Manuel Caballero Bonald, *Agata*, ojo de gato: tres votos.

Mauricio Wacquez, *Paréntesis*: dos votos.

«Aun cuando las bases obligan a declarar en tal caso el premio desierto, los miembros del Jurado, en atención a que se trata de la última concesión del mismo, han decidido considerar premiada la novela que obtuvo un mayor número de votos. En consecuencia, se declara Premio Barral de Novela 1974 la novela *Agata* ojo de gato, de José Manuel Caballero Bonald».

Poca gente en el salón del hotel Balmoral para asistir al entierro del Premio Barral. Los jurados se critican mutuamente, con amistad, pero con rigor. Castellet y Aguirre están tan

hastados, que se dedican a cantar canciones de Celia Gámez en un rincón.

Algunos escritores de siempre y de mañana picotean canapés, palabras, recuerdos, reencuentros. Ahí está José María Valverde, de paso entre el Canadá y el Canadá, y un poco más allá, Juan Marsé, que contiene difícilmente el Pijoaparte que lleva dentro cuando las señoras literarias le besan las mejillas, sólo las mejillas. Jóvenes periodistas cumplen el expediente informativo, mientras las conversaciones se generalizan sobre el tema nacional. Cristina Peri Rossi, la escritora uruguaya ga-

provocación» al chiste de «La literatura como provocación de sueño». El desconcierto que ha llevado a premiar una novela descartada «in extremis» en 1973 va a ser atribuido a los premios literarios como fórmula, y no al callejón sin salida en el que se han colocado los orientadores críticos de nuestra literatura. Ni orientan ni promocionan. De uno en uno, excelentes. Cuando se suman más de dos críticos, ya interpretan el papel de desgastadas Aliadas exiladas del País de las Maravillas, y no hay quien pueda con su brillantez y con el talento que sustituye a sus obras.



José Manuel Caballero Bonald.

naadora del premio de poesía concedido por Inventarios Provisionales, me cuenta los últimos éxitos obtenidos por los que defienden los valores de Occidente en Uruguay. Dámaso Santos derrocha coexistencia literaria, como es proverbial en un crítico que, además, es una excelente persona. Rosa Regás pasea la melena cobre y Beatriz de Moura su perro del alma.

No hay ganas de hablar mal del veredicto, porque el afecto a Barral y a Caballero Bonald es unánime. Pero la crisis está ahí, en parte provocada por los Petronios literarios que han reducido el lema «La literatura como

Hay propósitos de dar un viraje radical. Como anticipo de futuras declaraciones más perfeccionadas, los jurados del último Barral «... sugieren la creación de otro premio de reconocimiento a la obra de un autor literario que, con ocasión de la redacción o publicación de un libro o de otro acontecimiento cualquiera, quepa señalar como significativo en el curso de la historia de la literatura española contemporánea». Añaden que los miembros del Jurado del Premio Barral 1974 constituirán desde ahora una comisión de expertos destinada a debatir en sesiones públicas las

distintas candidaturas del Premio y votar según sus preferencias. El Premio se otorgará por mayoría, y la comisión de expertos podrá ser ampliada por cooptación de los que ahora la constituyen. «Las candidaturas al Premio serán establecidas por un patronato editorial constituido por Barral Editores y otras empresas editoriales atentas al desarrollo de la cultura literaria. A estos efectos, Barral Editores iniciará contactos con editores afines que pudieran estar interesados en participar en el patronato del Premio. Los fundadores designan secretario general del nuevo Premio a Jaime Salinas.

Según se dice en la misma declaración, los debates del comité de expertos y las votaciones serán públicos, y a ellos se invitarán expresamente a los representantes de la crítica y de la información literaria. Por el momento, ya sabemos que Caballero Bonald cierra un ciclo que Barral abrió con la concesión del primer Premio de Biblioteca Breve a *Las afueras*, de Luis Goytiso. ¿La crisis de la narrativa española? ¿La crisis de un equipo aplicado a sancionar la narrativa española? A mí me pareció que los jurados estaban cansados. Pero no sé de qué. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

N. de la R.—*Estos días circuló en los medios literarios el rumor de que Caballero Bonald iba a renunciar al premio. El autor no ha querido hacer ninguna declaración sobre ello, aunque tampoco ha desmentido el rumor.*

Octavio Paz: escribir, jugar...

Tras la lectura de cualquier texto de Octavio Paz sucede siempre lo mismo: una especie de desasosiego, de intranquilidad, una creciente curiosidad por llegar a percibir a plenitud todas esas cosas

que el escritor mexicano nos propone de una manera abundante, abrumadora, plena; de una manera —diría— barroca, si el término no estuviera tan desprestigiado. Bien sé que para Octavio Paz el barroco es algo importante y sustancial, y el adjetivo, por tanto, exacto. Mas también sucede que tras esa lectura nos es posible llegar a aquel punto de conjunción, de comunicación, que Paz pretende —y pregona— a lo largo y a lo ancho de todo su trabajo: la lectura como lugar de convivencia, como posibilidad de acceso al pleno conocimiento que, a cada paso, se enmascara y diluye entre la palabra («las palabras no son las cosas: son los puentes que tendemos entre ellas y nosotros»). Así, el ensayo de Octavio Paz, y de ello me quisiera ocupar en este comentario, se convierte en una creación total y plena, recupera su originaria y fundamental existencia, porque nace de una intención primaria de desvelar lo simple, lo elemental, y a partir de aquí llegar a la revelación creadora de su propia palabra. No nos puede extrañar, entonces, esa primera impresión de sugestión reverencial, y la subsiguiente de comunicación a través del rito, de la fiesta o del juego, donde nos sentimos totalmente identificados.

Han coincidido dos publicaciones, casi sucesivas, que recopilan determinados trabajos de Octavio Paz (1), y ambos libros están presididos aparentemente por criterios distintos, pero sólo aparentemente (más pretencioso el segundo, más directo y funcional el primero). Pues bien, en cualquier caso, para un lector avisado, y sin llegar a extremos de especialista, se hará bien patente la intención básica de la escritura de Paz: moverse en los límites de

un presente radicalmente vivo y potencialmente dinámico que, en primer lugar, sea capaz de desbordar esos límites y después se aventure a traspasar el ámbito del misterio, de la encarnación, y llegar a la plena identificación o fusión erótica, que es origen y principio, razón última y única, de toda creación («no es falso afirmar que la poesía moderna ha encarnado en la Historia no a plena luz, sino como un misterio nocturno y un rito clandestino. Una atmósfera de conspiración y de ceremonia subterránea rodea el culto de la poesía»). Confluencia, convivencia íntima, cópula, que se consigue por medio del lenguaje, pero no reducido a los parámetros convencionales de la gramática o de la escritura como rutina, sino al ser identificado con una capacidad universal de relación, al ser transformado en un lenguaje-puente. De este modo se puede justificar perfectamente la conexión existente entre los dos libros aludidos: mientras «La búsqueda del comienzo» es una reunión de artículos sobre el nacimiento del lenguaje poético moderno, a partir del surrealismo, en «Teatro de signos. Transparencias» (volumen preparado y prologado por Julián Ríos), nos encontramos con un nuevo propósito: enfrentar al lector con unas determinadas posibilidades de lectura que concuerden de forma absoluta con las intenciones primarias del autor. Utilizando fragmentos de diferentes obras de Octavio Paz, Julián Ríos plantea una nueva lectura posible de todos esos temas. Una lectura que no quiere encasillarse en dogmatismos elitistas ni convertirse en rutina congelada que haya de admitirse sin más, sino que permita, a través de la participación libre y creadora del erotismo, llegar a la posibilidad creada del poema. Los poemas alternan con textos teóricos o especulativos, que, habida cuenta su especial distribución y la ordena-

(1) Octavio Paz, *La búsqueda del comienzo*. Editorial Fundamentos. Madrid, 1974.

Octavio Paz, *Teatro de signos/Transparencias*. Editorial Fundamentos. Colección Espiral. Madrid, 1974.